

# PALABRAS DE ACEPTACIÓN DEL PREMIO CARLOS MARTÍNEZ DURÁN

Salomón Lerner Febres



Doctor Rubén Hallú, Rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA),

Doctor Gustavo García de Paredes, Presidente de la UDUAL,

Señores rectores miembros del Consejo Ejecutivo de la UDUAL,

Amigos todos,

Hasta hace algunos diez años, en mi condición de presidente de nuestra Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, estuve involucrado en la creación de este premio, con el cual honramos la memoria de nuestro fundador, el doctor Carlos Martínez Durán. Pude, con el correr del tiempo y siguiendo la muy importante actividad de la Unión, reafirmar en mi mente los elevados méritos de sus sucesivos destinatarios y, tan importante como ello, de los servicios que dichas personalidades, así como tantos otros candidatos, habían prestado, durante sus respectivas trayectorias, al ideal de la unidad de nuestros pueblos. De ese modo, me fue posible reconocer que, por fortuna, en nuestros países no escasean profesionales, intelectuales y maestros

que saben ir más allá de sus propias parcelas de saber en procura de un fin más amplio y exigente: el de la instauración de un diálogo amplio entre nuestros países, un encuentro en el ámbito del pensamiento y del estudio, de la investigación y de la enseñanza, que nos permita avanzar colectivamente hacia el desarrollo, la consolidación de nuestras democracias y, en suma, hacia una necesaria maduración histórica regional. Es ese conocimiento de los méritos que han distinguido a anteriores premiados y mi comunión con sus ideales lo que me inclina, por fuerza, en esta ocasión, a aceptarlo y recibirlo al mismo tiempo con sincera humildad, con orgullo inevitable y con una inagotable gratitud. Recibir la distinción que lleva el nombre de don Carlos Martínez Durán implica, ciertamente, asumir una responsabilidad: la de seguir trabajando por la integración de nuestros países desde el ámbito de la vida universitaria, y así lo entiendo y lo acepto, agradecido.

Una circunstancia adicional hace especialmente honrosa la distinción que hoy se me confiere, y es el hecho de que este año estemos

celebrando el sexagésimo aniversario de la creación de nuestra Unión. Quisiera valerme de esa afortunada coincidencia para compartir con ustedes una muy breve reflexión sobre el sentido de nuestros esfuerzos de integración y aquello que hace un minuto he llamado, con cierta vacilación, la maduración histórica de nuestra región.

#### UNA MODERNIZACIÓN AMBIVALENTE

El año 1949, cuando nace la UDUAL, podría ser visto como el paso a una década, la de 1950, en la cual las sociedades de América Latina se embarcarían con decisión en un derrotero particular, el que los científicos sociales suelen denominar “modernización” y que, desde cierta postura crítica frente al mismo, se suele nombrar como “desarrollismo”. Podría afirmarse, sin temor a incurrir en inexactitudes muy gruesas, que la segunda mitad del siglo XX latinoamericano estuvo, en efecto, marcada por una fuerte tendencia transformadora. En el curso de pocas décadas, muchas de las sociedades latinoamericanas pasaron de ser fundamentalmente rurales, en cuanto a su constitución territorial y cultural, a ser principalmente urbanas. Esos cambios estuvieron aparejados por fundamentales modificaciones en cuanto a la composición de nuestras economías. El componente agrícola y pecuario, y la producción artesanal, retrocedieron paulatinamente en la representación global de nuestra producción material de riquezas, mientras que la manufactura industrial empezó a adquirir una importancia que no había tenido antes. En suma, el paisaje de nuestras diversas sociedades nacionales cambió, y lo hizo velozmente, generando la sensación de un insólito aceleramiento del tiempo y de la Historia.

Ahora bien, hay que advertir en esta tendencia transformadora diversas fuentes y disímiles motivaciones. En gran medida, como ocurría en otras partes del mundo, esos cambios fueron expresión de una voluntad política estatal, que en ocasiones adquirió ribetes de autoritarismo o se manifestó bajo la forma política del populismo. Estados y gobiernos necesitados de construir una nueva forma de legitimidad, acudieron a las promesas del desarrollo material -es decir, del crecimiento, de la industrialización, de la creación de puestos de trabajo obrero- como una forma de conquistar el entusiasmo de sus

respectivas sociedades y de constituir franjas de apoyo político entre una población en movimiento, que ya desbordaba los cauces de la organización social tradicional, aquella heredada de los orígenes oligárquicos de nuestros estados independientes.

Pero haríamos mal en decir que la tendencia “desarrollista y modernizadora” que se acentuó desde la década de 1950 en adelante fue solamente la imposición del vértice político oficial de la sociedad. Lo cierto es que ella fue también, como lo he advertido, la manifestación de una sociedad dinámica, inconforme ya con ese rígido orden jerárquico legado por la Colonia y no reformado por nuestras nacientes repúblicas en el siglo XIX. Aspiraciones de progreso, deseos de igualdad, demandas de reconocimiento no satisfechas se entrelazaron así para dar nacimiento a un poderoso movimiento masivo no coordinado, sino espontáneamente gestado, por el cual los excluidos y los subordinados de América Latina se embarcaron en aquello que algunos politólogos han denominado una “construcción de la ciudadanía desde abajo”.

Probablemente no sea necesario recordar ante ustedes que ese proceso de modernización no solamente material sino también, y fundamentalmente, social y cultural involucró de muy diversas formas a la universidad. Así como no es posible entender el nacimiento de América Latina a la vida independiente sin tomar en cuenta la contribución intelectual de sus universidades, tampoco sería posible hablar del impulso modernizador sin considerar en qué medida él fue alimentado por los centros de estudios superiores de la región y de qué modo, también, ese mismo movimiento impuso profundos cambios en la propia vida universitaria. En efecto, por un lado, fueron las elites intelectuales quienes llamaron la atención sobre la caducidad del viejo orden latinoamericano, ese orden sostenido sobre rígidas e inaceptables jerarquías sociales y sobre aparatos productivos anquilosados, burocracias y cuerpos administrativos hereditarios y, desde luego, sobre una minúscula profesionalización de las actividades sociales, fueran éstas del mundo de las humanidades, o de los ámbitos de la ciencia y de la técnica. Fueron las universidades quienes se encargaron de dar forma y expresión orgánica a los nuevos tiempos que se presentaban como un mandato de reforma integral para América Latina y fue de ellas de donde salieron, en medida no desdeñable, las propuestas y programas, los

proyectos y derroteros, que el Estado y la sociedad asumirían para emprender esa enorme transformación.

Ahora bien, si la Universidad latinoamericana fue un agente protagónico de esa aspiración regional de modernidad, hay que decir, también, que al mismo tiempo, y en grado no desdeñable, fue una suerte de víctima de la forma particular -una forma imprevista, trunca, imperfecta en todo caso- que adoptó esa aspiración. Desde luego, modernizar, urbanizar, democratizar debía significar también, y en primer lugar, abrir las oportunidades de educación a amplios contingentes de población que hasta ese momento se hallaban excluidos de ella. Eso se expresó, en lo que nos concierne, en una progresión geométrica del acceso a las universidades, apertura que desde todo punto de vista político y moral es inobjetable y plausible, pero que, al no haber sido el resultado de una planificación cuidadosa, dio lugar a desajustes y desbordes que terminarían por expresarse, en ciertos países, en una crisis crónica de la universidad: una crisis financiera y material, pero también, a la larga, una situación vacilante respecto de su propio lugar en la sociedad, es decir, de su misión y de sus funciones como centros de reflexión y de creación de conocimientos y, en esa virtud, como voz y conciencia de sus respectivas naciones.

Si señalo esto último, es decir, la forma paradójica e inesperada en que el impulso modernista afectó a la institución universitaria de nuestra región, es porque ello resulta emblemático de lo sucedido en general en las últimas seis décadas en la vida de nuestros países, un lapso coincidente con el de la existencia de nuestra Unión. Me refiero, desde luego, al hecho de que este último salto a la modernidad realizado por América Latina es un proceso lleno de luces y sombras, de conquistas deseables y largamente esperadas y de resultados perversos que todavía nos agobian, de progresos en materia de equidad al mismo tiempo que de nuevos fenómenos de exclusión y marginación. Y ha sido, sobre todo, un trayecto en el cual el desencadenamiento de formidables fuerzas transformadoras e

inclusivas, signo de una sociedad que se democratiza, ha tenido como efecto un desborde de nuestras instituciones, las cuales no supieron reformarse al mismo ritmo trepidante en que nuestras naciones cambiaban. Los frutos amargos de ello pueden haber sido los ciclos de violencia armada y de otros géneros sufridos en tantos países de América Latina; los cruentos autoritarismos y dictaduras “institucionales”; la inseguridad que campea en nuestras grandes urbes y la crisis en el orden de la vida política, crisis que podría entenderse, en última instancia,

como una carencia de dirección efectiva y legítima para las comunidades nacionales latinoamericanas. De más está decir, en este punto, que el muy mencionado y discutido fenómeno de la “globalización” no constituye, en este orden de reflexiones, un capítulo aparte, un momento histórico enteramente distinguible de lo que acabo de evocar tan escuetamente. Si, como quiere el sociólogo británico Anthony Giddens, la globalización es mejor entendida como una exacerbación de las tendencias ya anunciadas en la modernidad clásica, es claro que la ambivalente modernización de América Latina



Salomón Lerner Febres

no podría haber generado otro resultado que un ambivalente diálogo de nuestros países con la nueva realidad global. Me refiero, desde luego, a esa forma todavía indefinida en la que las sociedades latinoamericanas se acercan al mundo global, al mismo tiempo, con espíritu afirmativo y pragmático y con reflejos simplemente imitativos; con arrojo y con desconfianza; con entusiasmo acrítico y con amagos de un protagonismo original.

Así, los últimos sesenta años de nuestra vida regional han sido, como se dice, años de crecimiento, de inquietud, de búsqueda incesante, de exaltación pero también de zozobra. No olvidemos que la acepción más válida de la palabra “crisis” es aquella que la asocia con la idea de cambio. Pero, en este caso, se trata de una experiencia colectiva de cambio que, a pesar de todos las transformaciones deseables que ha traído consigo, no consigue adoptar una dirección clara y constructiva, sino

que, por el contrario, genera intermitentemente una sensación, a veces vaga, otras muy concreta y perentoria, de malestar o, cuando menos, de incertidumbre.

A esto me he querido referir minutos antes al hablar del problema de la maduración histórica de nuestra región. Maduración o madurez puede ser entendida, en este breve comentario, como la consolidación de una identidad propia, autónoma y afirmativa, una identidad que nos permite mirarnos desde mundo circundante para entablar con él una relación de diálogo y mutua alimentación: esto es, de intercambio de nuestros contenidos de conciencia (contenidos propios y autorreconocidos) con aquellas señales y promesas, demandas y desafíos que nos ofrece la realidad que nos rodea. No es madura una persona, ni lo es una sociedad, cuando se limita a seguir los caminos que otros le trazan sin su concurso activo y cuando se deja conducir erráticamente: sea por un sentido de fatalidad; sea por una asunción sumisa de autoridades y modelos no examinados; sea por una renuencia a hacerse cargo racionalmente de sus pretensiones, es decir, a la negativa para traducir sus deseos en proyectos. Pero tampoco es madura aquella sociedad, ni aquella persona, que por un prurito equivocado de autonomía o de soberanía se deja caer, más bien, en el autismo o en la pura negatividad y así se cierra a todo diálogo crítico con el mundo exterior. Ese camino, el de la resistencia infantil o senil a escuchar al otro, a abrirnos a lo que nos interpela y desasosiega, es el que nos lleva a extraviarnos en esos “laberintos de la soledad” que el poeta Octavio Paz describió en su momento, en una brillante intuición que nos habla de los complejos compromisos que entraña la constitución de nuestras identidades personales y colectivas.

#### LA VIGENCIA DE NUESTRA MISIÓN

Enfrentamos, pues, en cuanto comunidad regional, una tarea grande y por cierto difícil: la de conferir sentido organizado y legítimo a una experiencia colectiva ya vivida al menos durante seis décadas. En teoría, resulta mucho más difícil imprimir sentido a una experiencia histórica que ya está en marcha que proponer una dirección y unos fines claros y bien delimitados a un proyecto en el que recién nos disponemos a embarcarnos. Pero tal vez lo segundo pertenezca más al ámbito de la ilusión

utópica que al de la realidad concreta de las colectividades humanas. La historia nunca se ha desarrollado siguiendo un guión prescrito, claro y diáfano. Peor aun: las veces en que se ha querido *actuar* la historia siguiendo un libreto, cuidadosamente preparado, el resultado no ha sido otro que nefastos; sangrientos autoritarismos y totalitarismos como los experimentados el siglo pasado.

Así, quiero afirmar que la ambivalente situación histórica de nuestra región no representa, en absoluto, una anomalía de la que tengamos que lamentarnos con entristecida resignación; sí significa, en cambio, una clara obligación, una tarea inmensa y sobre todo impostergable: la de ejercer nuestros atributos reflexivos, razonantes e imaginativos; la de poner en práctica nuestra capacidad de diálogo y de creación de consensos para decirnos con claridad cómo deseamos que sea nuestro futuro, qué clase de relación queremos construir con el mundo globalizado y, por encima de todo ello, qué tipo de sociedades humanas aspiramos a construir cuando hablamos de desarrollo, de crecimiento, de estabilidad política, de integración y de paz. Hablo, en suma, de la mayúscula tarea de conferir sentido a nuestra experiencia o, dicho de otro modo, de construir y hacer significativa nuestra *historicidad*.

Las fuentes del sentido y la orientación colectiva son siempre variadas. Alguna vez se encontraron en el reino de las creencias religiosas organizadas, otras veces se las debió buscar en el ámbito de los liderazgos políticos. Pero, en el mundo moderno del que hablamos, las iglesias, conservando su honda relevancia, no se dan abasto para crear y producir esos sentidos abarcadores que puedan congregiar y otorgar dirección a sociedades plurales y en gran medida secularizadas. Y, debemos, de otro lado, confesarlo; en nuestra América Latina, la esfera institucional de la política se ha estrechado y debilitado hasta un punto en que ha dejado de ser surtidora de ideas motivadoras. La debilidad del discurso público en América Latina, expresada en el desapego de las multitudes hacia las formas clásicas de liderazgo y en la futilidad de los debates políticos en nuestros países, aparece como uno de los obstáculos más desafiantes entre los muchos que debemos superar en nuestro camino a una relativa maduración histórica.

Lo dicho no hace sino llevarme a reafirmar la incuestionable vigencia de la misión con la cual decidimos, hace

60 años, constituirnos como una unión de comunidades del saber: me refiero a la misión de tender puentes entre nuestras universidades como una forma de prologar, motivar e impulsar una futura integración latinoamericana.

En efecto, ante las renovadas frustraciones de la política en América Latina, la tradicional responsabilidad de la universidad como creadora y diseminadora de sentidos para la experiencia colectiva no ha hecho sino crecer y reafirmarse. Pero el cumplimiento de esa responsabilidad requiere, por parte nuestra, la perseverancia en dos convicciones, las cuales, diría, se encuentran en el corazón de nuestra organización. La primera de ellas es, naturalmente, la necesidad de que los centros de estudios superiores sigan siendo fieles al espíritu con el cual la institución misma de la universidad nació, un espíritu que, si bien no es de alejamiento del mundo en procura de una imposible e indeseable neutralidad, sí reclama la toma de cierta distancia, la necesaria para el ejercicio sereno del raciocinio. Son esa distancia y ese raciocinio, sumados a un irrenunciable compromiso social, los que permiten a los claustros entender la potencialidad de historia -es decir, el sentido posible, deseable y conquistable- que subyace en la aparente insignificancia de lo episódico, de lo cotidiano, de lo que es simple actualidad pasajera y sucesión fragmentaria. Es sólo mediante el cultivo de una ética del saber, presente en las necesidades prácticas que afrontamos día tras día, sea como individuos sea como colectividades, que podrá ascender de categoría la organización de nuestra común humanidad para superar, de tal manera, el ámbito estricto de la necesidad y convertirse en idea y proyecto de nuestra inteligencia; decisión y acción de nuestra voluntad y, finalmente, en realización y conquista de nuestra identidad.

A la convicción, presente y viva en la adhesión de UDUAL a un *ser un quehacer* universitario centrado en la valoración del conocimiento como atributo radicalmente humano, ha de añadirse pues la responsabilidad referida a la necesaria integración de los pueblos de América Latina. Y ello es decididamente así: esa integración es precisamente la idea central que anima a nuestra organización desde hace sesenta años. No es poco lo que hemos avanzado en esa dirección. Hoy, en la esfera de nuestra actividad, que es la de la creación de saberes y su diseminación de generación en generación, nuestros

países se hallan cada vez más cercanos y ya podemos hablar, con seguridad, de la existencia de una comunidad regional del conocimiento, de una red de entidades afines que, en virtud de su unión y de su comunicación, son más fuertes y más creativas que si se limitaran a permanecer en un aislamiento estéril.

Y, sin embargo, el ideal de la integración de América Latina todavía se encuentra lejano, y sigue aún oscilando entre el entusiasmo y el énfasis en el plano de los discursos y la desconfianza cuando se trata de hacer realidad los compromisos adquiridos. Esa integración, que no es fusión en una sola unidad sino más bien comunicación efectiva y abierta entre naciones independientes y ciertamente diversas, es precisamente uno de los grandes sentidos que necesitamos imprimir a nuestra actual situación histórica. Y es en ese ámbito, como lo he mencionado que este sexagésimo aniversario de nuestra organización nos encuentra en plena tarea y convencidos de la vigencia de la misión y de los ideales que animaron al doctor Carlos Martínez Durán a impulsar la fundación de UDUAL.

Me hallo convencido de que no hay, seguramente, mejor forma de celebrar un aniversario tan significativo como éste si sabemos que el trabajo realizado hasta ahora ha sido fructífero y benéfico para nuestros países; reconocemos que la tarea no ha sido completada todavía y reafirmamos nuestra determinación de seguir bregando por su cumplimiento.

La distinción que hoy se me ofrece tan generosamente infunde en mí, precisamente, una redoblada exigencia de responsabilidad frente a nuestras metas compartidas y también un profundo sentimiento de alegría de haber estado ligado durante algunos años al camino seguido por nuestra organización. La acepto, por ello, con sincera humildad y sobre todo con inmensa gratitud.

Muchas gracias.

\* Palabras pronunciadas en la Universidad de Buenos Aires, Argentina en noviembre del 2009.